

Venganza

para

víctimas

HOLLY
JACKSON

Pip está acostumbrada a recibir amenazas. Tiene un podcast de true crime que se ha vuelto viral y, además, su trabajo como investigadora le ha supuesto crearse algún que otro enemigo de más. Pero de entre todos esos mensajes que le llegan, hay unos que le preocupan. Se repiten constantemente. Tan solo le hacen una pregunta, siempre la misma: «¿Quién te buscará cuando seas tú la que desaparezca?».

Sus sospechas se confirman cuando se da cuenta de que, quien le envía esos anónimos, ha pasado de amenazarla a perseguirla. Y todo irá a peor cuando encuentre similitudes entre la forma de actuar de su acosador y un asesino que, en teoría, está en la cárcel desde hace años... O ¿puede ser que un inocente esté entre rejas y el asesino ande suelto? Sea como sea, Pip debe encontrar las respuestas necesarias o, esta vez sí, será ella la que desaparecerá...

Índice de contenido

Cubierta

Venganza para víctimas

Primera Parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Séis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Segunda Parte

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Cuarenta y tres

Cuarenta y cuatro

Cuarenta y cinco

Cuarenta y seis

Cuarenta y siete

Cuarenta y ocho

Cuarenta y nueve

Cincuenta

Cincuenta y uno

Cincuenta y dos

Cincuenta y tres

Cincuenta y cuatro

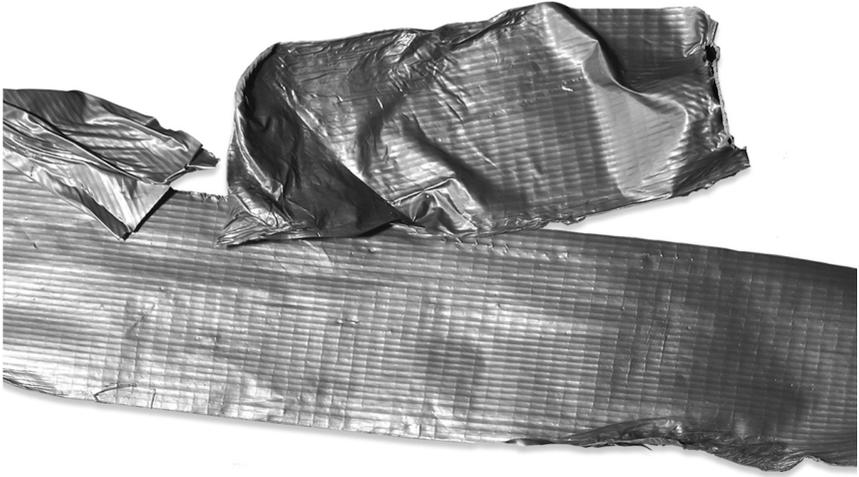
Cincuenta y cinco

1 año, 8 meses y 16 días después

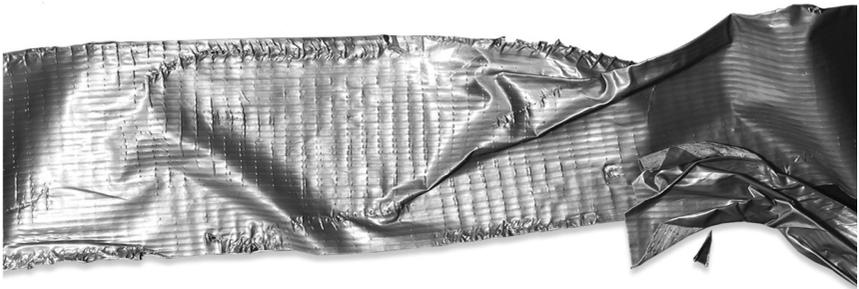
Agradecimientos

Acerca de la autora

Este es para todos vosotros.
Gracias por estar conmigo hasta el final.



Primera Parte



Ojos sin vida. Eso es lo que se dice, ¿no? Vacíos, vidriosos, vacuos. Los ojos sin vida se habían convertido en unos compañeros constantes que la seguían a todas partes, apenas a un parpadeo de distancia. Se escondían en lo más profundo de su mente y la escoltaban durante sus sueños. Eran los de él, el momento exacto en el que pasó de estar vivo a dejar de estarlo. Los percibía en el vistazo más rápido y en las sombras más oscuras; y, a veces, también en el espejo, en su propia cara.

Y Pip los estaba viendo ahora mismo, mientras la atravesaban. Unos ojos sin vida en la cabeza de una paloma muerta en el camino de entrada a su casa. Vidriosos y vacíos, excepto por su reflejo poniéndose de rodillas. No para tocarla, sino para acercarse lo suficiente.

—¿Estás lista, Pipsicola? —preguntó su padre a su espalda.

Ella se estremeció cuando la puerta de casa se cerró con un golpe violento, escondiendo la detonación de una pistola en su eco. La otra compañera de Pip.

—S-Sí —dijo, levantándose y recomponiendo la voz. «Respira. Respira hondo»—. Mira. —Señaló—. Una paloma muerta.

Él se agachó para verla. Se le arrugó la piel negra alrededor de los ojos entornados, y también el traje de tres piezas a la altura de las rodillas. Luego puso una expresión que ella conocía muy bien; estaba a punto de decir algo ingenioso y ridículo, como:

—¿Esto es lo que vamos a cenar? —soltó.

Sí. Justo en el clavo. Últimamente, casi todo lo que salía de su boca eran bromas; como si estos días se estuviera esforzando especialmente para hacerla reír. Pip cedió y le sonrió.

—Pero solo si de acompañamiento hay puré de ratata —le siguió el juego, apartándose por fin de la mirada vacía

de la paloma y poniéndose su mochila cobriza sobre un hombro.

–¡Ja! –Su padre le dio una palmadita en la espalda, sonriente–. Qué morbosa que es mi niña...

Otra vez se le mudó el gesto en cuanto fue consciente de lo que había dicho y de los diferentes significados que tenían esas palabras. Pip no podía escapar de la muerte, ni siquiera en esa mañana de finales de agosto en un momento de relax con su padre. Parecía que era lo único para lo que vivía.

Su padre zanjó la incomodidad del momento, siempre fugaz, y le hizo un gesto con la cabeza para que entrara en el coche.

–Vamos, no puedes llegar tarde a la reunión.

–Sí –contestó Pip.

Abrió la puerta del coche y se acomodó en su asiento sin saber muy bien qué más decir. A medida que el coche avanzaba, su mente se iba quedando atrás, con la paloma.

La alcanzó cuando pararon en la estación de tren de Little Kilton. Estaba concurrida y el sol se reflejaba en las hileras de coches.

Su padre suspiró.

–El comemierda del Porsche me ha vuelto a quitar el sitio.

Comemierda: otro término que Pip se arrepintió enseñada de haberle enseñado.

Los únicos huecos libres estaban en el otro extremo, cerca de la valla, donde no llegaban las cámaras. El lugar favorito de Howie Bowers. Un fajo de dinero en un bolsillo y una pequeña bolsa de papel en el otro. Sin que Pip pudiera evitarlo, el clic del cinturón se convirtió en los pasos de Stanley Forbes sobre el hormigón, detrás de ella. De pronto, se hizo de noche. Howie no está en la cárcel, sino aquí, bajo el brillo naranja de las farolas, con los ojos entre tinieblas. Stanley lo alcanza y le da el precio que ha de pagar por su vida, por su secreto. Y se gira hacia Pip, con los

ojos sin vida y con seis agujeros en su cuerpo, escupiendo sangre sobre su camiseta y hasta el suelo; sangre que, sin saber cómo, ahora está en sus manos. Tiene las palmas cubiertas y...

—¿Vienes, Pipsicola? —Su padre estaba aguantándole la puerta.

—Sí —respondió ella, secándose las manos en sus pantalones más elegantes.

El tren a Londres Marylebone estaba igual de concurrido que la estación. Los pasajeros de pie, chocando hombro con hombro y disculpándose con sonrisas incómodas cada vez. Había demasiadas manos en la barra de metal, así que Pip se agarró al brazo flexionado de su padre para mantener el equilibrio. Ojalá hubiera funcionado.

Vio a Charlie Green dos veces en el tren. La primera por detrás de la cabeza de un hombre, antes de que la moviera para leer mejor el periódico. La segunda era un hombre esperando en el andén con una pistola en la mano. Pero en cuanto cogió el carrito, su cara se transformó y perdió cualquier parecido con Charlie, y la pistola solo era un paraguas.

Habían pasado cuatro meses y la policía aún no lo había encontrado. Su mujer, Flora, se había entregado en una comisaría de Hastings hacía ocho semanas. Parece que se separaron en algún momento de la huida. Ella no sabía dónde estaba su marido, pero, según los rumores de internet, había conseguido llegar a Francia. Aun así, Pip lo buscaba. No porque quisiera que lo pillaran, sino porque necesitaba que lo encontraran. Y esa diferencia era esencial, la razón por la cual las cosas no volverían jamás a la normalidad.

Su padre la miró.

—¿Estás nerviosa por la reunión? —le preguntó por encima del chirrido del freno del tren al entrar en Marylebone—. Todo irá bien. Solo tienes que escuchar a Roger, ¿vale? Es un abogado excelente, sabe de lo que habla.

Roger Turner era un compañero de bufete de su padre; un hacha en casos de difamación, por lo visto. Lo encontraron unos minutos más tarde, esperando fuera del viejo edificio de ladrillo rojo en el que habían reservado la sala para la reunión.

–Hola de nuevo, Pip –dijo Roger extendiéndole una mano. Ella comprobó rápidamente que las suyas no estuvieran llenas de sangre antes de estrechársela–. ¿Qué tal el fin de semana, Victor?

–Bien, gracias, Roger. Y hoy tengo sobras para comer, así que todo apunta a que será un lunes estupendo.

–Pues vamos a ir entrando, entonces. ¿Estás lista? –Roger le preguntó a Pip mientras miraba el reloj; llevaba un maletín brillante en la otra mano.

Pip asintió. Notaba de nuevo las palmas mojadas, pero era sudor. Solo sudor.

–Todo irá bien, cariño –le dijo su padre colocándole bien el cuello de la camisa.

–Sí, he hecho miles de mediaciones. –Roger sonrió echándose hacia atrás el pelo grisáceo–. No tienes que preocuparte por nada.

–Llámame cuando acabéis. –El padre de Pip se inclinó para darle un beso en la cabeza–. Nos vemos en casa esta noche. Roger, a ti te veo luego en la oficina.

–Sí, hasta luego, Victor. Después de ti, Pip.

Estaban en la sala de reuniones 4E, en la última planta. Pip pidió que subieran por la escalera porque, si su corazón se aceleraba por eso, no lo haría por nada más. Así era como lo racionalizaba, por eso salía a correr cada vez que notaba presión en el pecho. Corría hasta que apareciera un dolor diferente.

Llegaron a la última planta, el viejo Roger iba varios pasos por detrás de ella. En el pasillo, frente a la sala 4E, ha-

bía un hombre con un traje muy elegante que sonrió cuando los vio.

–Tú debes de ser Pippa Fitz-Amobi –dijo. Otra mano que apretar, otra comprobación de que no hubiera sangre en las suyas–. Y tú, su abogado, Roger Turner. Soy Hassan Bashir, vuestro mediador independiente.

Hassan sonrió, levantándose las gafas con un dedo. Parecía amable y tan entusiasmado que casi daba saltitos. Pip no quería arruinarle el día, pero iba a hacerlo, sin ninguna duda.

–Encantada de conocerte –dijo carraspeando.

–Lo mismo digo. –Para sorpresa de Pip, le chocó la mano–. La otra parte ya está en la sala, listos para dar comienzo a la reunión. A no ser que tengáis alguna pregunta antes. –Miró a Roger–. Creo que deberíamos ir empezando.

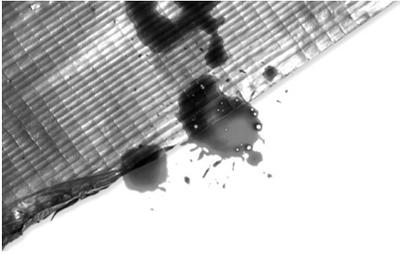
–Sí, perfecto.

El abogado dio un paso adelante mientras Hassan sujetaba la puerta de la sala 4E. Dentro había silencio. Roger entró y le hizo a Hassan un gesto de agradecimiento con la cabeza. Y luego pasó Pip. Inspiró, estiró los hombros y expulsó el aire entre los dientes apretados.

Lista.

Lo primero que vio al entrar en la sala fue su cara. Sentado al otro lado de una mesa muy larga, con los pómulos alineados con la boca y el pelo rubio despeinado hacia atrás. Levantó la mirada y la miró con un brillo algo oscuro y malévolo en los ojos.

Max Hastings.



DOS

Los pies de Pip dejaron de moverse. Ella no les había dado la orden, fue como algo primitivo, una certeza tácita de que dar un solo paso más sería estar demasiado cerca de él.

–Por aquí, Pip –dijo Roger sacando una silla justo en frente de Max, haciéndole un gesto para que se sentara.

Junto al chico, frente a Roger, estaba Christopher Epps, el mismo abogado que lo había representado en el juicio. La última vez que Pip había estado cara a cara con este hombre había sido en el estrado; llevaba ese mismo traje mientras él la acosaba con su voz cortante. Pip también lo odiaba a él, pero ese sentimiento había desaparecido y ahora estaba incluido en el desprecio que sentía por la persona sentada enfrente de ella. Solo los separaba el ancho de la mesa.

–Bueno, hola a todos –dijo Hassan muy alegre mientras se sentaba en su silla: en el extremo de la mesa, entre las dos partes–. Vamos a obviar las presentaciones. Mi papel como mediador es ayudarlos a conseguir un acuerdo aceptable para ambas partes. Mi único interés es que todo el mundo quede contento, ¿de acuerdo?

Evidentemente, Hassan no había analizado con detenimiento la sala.

–El objetivo de la mediación es, básicamente, evitar una litigación. Un juicio es demasiado engorroso y muy caro para todas las personas involucradas, por eso siem-

pre es mejor intentar conseguir un acuerdo antes de presentar una demanda.

Sonrió, primero hacia el lado de Pip, luego hacia el de Max. La misma sonrisa para todos.

—Si no conseguimos llegar a un acuerdo, el señor Hastings y su abogado tienen la intención de denunciar a la señorita Fitz-Amobi por un tuit y una entrada de un blog, ambos publicados el 3 de mayo de este año, que, según afirman, consistía en un archivo de audio con una declaración difamatoria. —Hassan miró sus notas—. El señor Epps, en nombre del denunciante, el señor Hastings, afirma que dicha declaración tuvo efectos muy graves en su cliente, tanto en términos de salud mental como de daños irreparables a su reputación. Esto ha provocado, por consiguiente, complicaciones financieras por las que pide una compensación.

Pip cerró los puños sobre sus piernas, con los nudillos sobresaliéndole de la piel como la columna vertebral de un animal prehistórico. No sabía si iba a ser capaz de escuchar todo eso. Joder, cuánto le iba a costar. Pero respiró y lo intentó, por su padre y por Roger, y por el pobre Hassan.

Max tenía enfrente la irritante botellita de agua, por supuesto. De plástico azul oscuro con una boquilla de goma. No era la primera vez que Pip lo veía con ella. Resulta que, en un pueblo tan pequeño como Little Kilton, las rutas para correr tendían a converger. Pip había llegado a pensar que Max se cruzaba con ella a propósito. Y siempre con la puñetera botella azul.

Max la vio mirar la botella. Él la cogió, apretó para sacar la boquilla y le dio un sorbo largo y escandaloso, sin apartar la vista de ella ni un segundo.

Hassan se aflojó un poco la corbata.

—Señor Epps, si le parece, puede empezar con su alegato inicial.

—Por supuesto —dijo este, revolviendo sus papeles, y con una voz tan cortante como la recordaba Pip—. Mi cliente ha sufrido muchísimo desde la afirmación difamatoria que la señorita Fitz-Amobi publicó la noche del 3 de mayo, en gran parte debido a que la señorita Fitz-Amobi tiene una gran presencia en internet, con más de trescientos mil seguidores en aquel momento. Mi cliente tiene una educación de nivel superior en una universidad de renombre, lo que lo convierte en un candidato muy atractivo para empleos de alto rango.

Max volvió a dar un sorbo de agua, como si lo hiciera para enfatizar la observación.

—Sin embargo, en estos últimos meses, al señor Hastings le ha costado mucho encontrar un trabajo al nivel de lo que se merece. Esto está directamente relacionado con los daños a su reputación infligidos por las difamaciones de la señorita Fitz-Amobi. Como consecuencia, mi cliente se ve obligado a vivir con sus padres, porque no logra encontrar un puesto apropiado y, por lo tanto, no puede permitirse un alquiler en Londres.

«Jo, pobre violador en serie», pensó Pip, pronunciando esas palabras con los ojos.

—Pero mi cliente no ha sido el único afectado —continuó Epps—. Sus padres, el señor y la señora Hastings, también han sufrido este estrés y han tenido que salir del país para quedarse una temporada en su segunda vivienda, en Florencia. La misma noche que la señorita Fitz-Amobi publicó la declaración difamatoria, alguien atacó su casa y escribió en la fachada: «VIOLADOR TE COGERÉ».

—Señor Epps —interrumpió Roger—. Espero que no esté sugiriendo que mi clienta tuvo algo que ver con ese vandalismo. La policía ni siquiera se planteó que estuviera relacionada.

—En absoluto, señor Turner. —Epps hizo un gesto con la cabeza—. Solo lo he mencionado porque se puede suponer que hay una conexión entre las declaraciones de la se-